
Revista de Aragón

SUMARIO.—España y la América española, por D. Juan Moneva y Payol.—La tuberculosis en Zaragoza, por D. Félix Cerrada.—Filosofía para todos.—Prejuicios, por el Dr. Grafflinks.—Crónica del Congreso Hispano-Americano, por D. Severino Aznar.—A rey muerto... por D. José A. Sánchez Pérez.—Un autógrafo de Asís, por D. Hilarión Gimeno.—Un nuevo novelista aragonés, por D. Eduardo Ibarra.—Cuentos infantiles, por Z.—Bibliografía.—Noticias.—Índice de los trabajos contenidos en el tomo de este año.

España y la América española

II

«Don Rafael Monner Sans es español, de la emprendedora y valerosa Cataluña... Es hombre ni viejo ni joven pero que no gusta de decir su edad. Ha vivido mucho en pocos años y leído y observado sobre Europa y América lo bastante para que se le tenga por erudito. Publicar su bibliografía y la lista de las sociedades de Ciencias y Letras á que pertenece, fuera salir de los límites de esta nota, pero prometo hacer lo primero en mis «Apuntaciones para la Bibliografía nacional.» (*Bolet. del Inst. Geogr. Arg.*) Comenzó su vuelo público como agente diplomático de las islas de Hawaii en España, y lo ha asentado en Buenos Aires en una noble empresa intelectual. Ha escrito mucho,—tal vez demasiado—porque es expansivo, verboso y dueño de una péndola que corre con la misma facilidad que su palabra, sin perjudicar la belleza de unos perfiles extraños, por cierto, en el carácter del manuscrito hispano..... Es un español esforzado que honra á su tierra y á la nuestra»

Así dice una nota más amplia que lo ya transcripto, la cual se halla en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* de Buenos Aires; Enero 1899, páginas 426-27.

Quien lea lo antedicho y lo que sin copiar queda, que por largo y no nada importante prescindo de ello, comprenderá que el autor de esa nota ha tirado al vuelo una fotografía instantánea y le ha salido la figura borrosa y movida. Voy á ver si yo hago ese retrato por el sistema opuesto, es decir, dándole mucha luz y larga exposición.

Ante todo, Monner y Sans no se llama Rafael, sino Ricardo: pero este nombre le parece novelesco y cuasi melodramático, y lo huye en público, secuestrándolo bajo la problemática R. Esto pinta ya un carácter, ó cuando menos, lo dibuja en líneas.

Si gusta ó no de publicar su edad yo lo ignoro, pero carta tengo de él en donde espontáneamente dice tener 47 años. Estos se representan en su

cara cenceña, con ligera demacración en los pómulos y en el maxilar inferior. patillas no muy largas unidas por el bigote, y éste y aquéllas caminando á la canicie.

Sé todo esto por un pequeño retrato en fotograbado, con el cual le obsequió una casa editorial; Monner tiene la costumbre de huir á todo retrato que le proponen. Este es otro dato que comienza á retratarlo mejor que cualquiera máquina fotográfica.

Pero así como ese retrato con que me ha obsequiado su amistad es tan incompleto que no me da idea de su color ni de su estatura, tampoco los rasgos que apuntados quedan son suficientes para formar la integral de su carácter.

Lograríase ésto por una sola proposición si Monner fuese un hombre del tipo usual y corriente aun en los mismos primates cultivadores cuasi exclusivos de una especialidad científica; pero Monner y Sans, sobre ser en Ciencia polígrafo, no vive consagrado solamente á la Ciencia: á otras empresas se dedica con éxito verdadero y útil para los grandes intereses humanos.

Voy, pues, á estudiar á Monner, ó más bien, á mostrarle el estudio que de él tengo hecho y que se condensa en la siguiente enumeración de adjetivos.

Monner y Sans es poeta, literato, filólogo, erudito, pedagogo, catalán, español y cristiano. Estos carismas son los que, penetrando en él, obsérvanse desde fuera hacia adentro, desde lo más superficial á lo más íntimo.

De poeta tiene muy poco. Es un idealista que no sueña. Hecho á manejar la verdad, no se entusiasma con la mentira aun cuando ésta lleve trazas hipócritas de poesía. Sus obras de rima resultan correctas, pero sin fuego. No se hará célebre por este particular, ni en ello piensa.

Tampoco sobresale como novelista del género moderno de los hacedores de cuentos breves y emocionales. Los suyos son unas fábulas individualistas, retrato de caracteres bien analizados y bien transcritos á la composición novelística, pero sin trabazón entre sí; esto amengua mucho su interés; y en literatura amena interés es acierto.

En filología es una autoridad de primer orden. Ha sido esa cabalmente la primordial ocupación de su actividad. Ha enseñado gramática y literatura, y de ello ha publicado también algunas obras de texto; además de ellas ha publicado estudios magistrales de esa materia como «Minucias lexicográficas» y «Desvestirse» pasatiempo lexicográfico, destinado á consignar los *addenda*, *expurganda* y *corrigenda* que son de aplicar al Diccionario de la Real Academia Española por razón de la partícula *des* usada como afijo subtractivo ó adversativo.

Ha sido, además, colaborador del mismo Diccionario, y como á tal le cita la última edición de éste.

Es erudito, y rara excepción entre ellos porque no está dañado de pedantería. Conoce con primor la antología de nuestros escritores y maneja las citas de éstos con facilidad y muy oportunamente.

Es pedagogo de criterio excelente, no influido por tradición, modernismo ni escuela de ninguna traza, aunque sí muy bien informado de cuanto se escribe acerca de esas materias. Su libro sobre «Educación» pudo escribirlo sin más fuentes que la experiencia propia: y es obra que se distingue por su franqueza—peculiar de todos los escritos de Monner—por su independencia de criterio y por el buen tino de sus conclusiones.

Para hacer más fáciles sus enseñanzas en el Instituto de Adrogué y en

otras escuelas ha escrito algunos libros destinados para servir de texto; de ellos conozco uno de Gramática—el ya citado—y otro de Geografía. Son completos de materia, ordenados de forma, claros de exposición y no caros de coste; con estos datos no podríamos hallarlos en España si los buscásemos entre sus congéneres, sobre todo en las enseñanzas secundaria y profesional.

En ningún caso olvida Monner que viene de sangre y de tierra catalanas; lleva en sí la constancia laboriosa de las gentes de su país nativo. Hace ostensible en todas partes su regionalidad; ha catalogado en algunas de sus obras los méritos de muchos catalanes ilustres.

Entiende bien el patriotismo: junto con su amor á Cataluña va su amor á España. Pone todo su desvelo en levantar la fama y la estimación de la Patria en la República Argentina. Sigue de cerca y solícitamente los acontecimientos de acá, y vive siempre unido al alma de la Madre Iberia. El hizo en la Argentina la campaña del centenario colombino: él juzgó allá con rara independencia de criterio nuestras campañas de Ultramar; él, con el soberano empuje de su alma valiente y generosa, hizo que los primates bonaerenses prestasen homenaje público á la memoria de Cánovas del Castillo; no olvidemos que Cánovas, visto desde la América libre, era el obstáculo para lograr la independencia de Cuba, el enemigo formidable de Martí, Maceo y Gómez, congéneres antillanos de los libertadores del Sur.

Dudo que pueda hacerse un compendio tan repleto de datos ni tan hermoso de argumentación como su folleto titulado «Ciencia española». Aquel trabajo es el digesto de las glorias científicas de nuestro país: lo escribió para refutar descompuestos ataques de los enemigos de España, quienes, á la vez, eran enemigos de la Iglesia; aquel estudio tan sencillo de forma y tan macizo de doctrina levanta el ánimo de cualquiera español: es un himno á la Patria, pero un himno que merece entonarse en canto gregoriano, no ser instrumentado por las charangas de la música progresista y callejera.

Es un buen católico, tan desafortunado en esta materia que las opiniones acerca de su ortodoxia se dividen hasta el punto de tenerlo unos por un místico, y afirmar otros que ocupa en la masonería argentina el grado 33. Si esta cuestión fuera simplemente punto de conciencia y negocio de vida privada yo callaría como prudente; pero como se trata de pública fama y de una difamación injusta, no quiero callar como cobarde.

Digo, pues, no definiendo, sino opinando,—pues para definir me falta jerarquía eclesiástica y para opinar con mi razón tengo bastante:—digo que Monner es un buen católico; que como escritor y como maestro es servidor fiel de aquella Verdad que es la única segura y necesaria.

Para que ésto no fuese así sería preciso que todos los escritos y toda la vida de Monner fueran una impostura. El hombre que tan enérgicamente defiende en aquel país—ménos tradicional que el nuestro—la persistencia de la moral de Cristo en la Escuela, como inseparable de la Religión; el que tanto se complace señalando la influencia de la Religión misma en el idioma, si todo eso no lo hiciese por convicción sincera sería bellaco por su mentira, y torpe, porque esa mentira lo indispondría aún con los mismos enemigos de la Religión, quienes no todos habían de ser tan perspicaces que alcanzaran el fin de tales artimañas. Y ni bellacueria ninguna ni torpezas de esa clase caben en Monner y Sans, quien por todas partes deja ver su ánimo generoso y su opinión valiente formada sin miedo ni artificio.

Yo no conozco de cerca á Monner y Sans pero en sus cartas y en sus es-

critos le siento honrado y caballero; me consta que es hombre de virtudes privadas; estoy muy cierto de que, aún hoy, gana para sí y para los suyos el pan cotidiano. Y quien valiendo lo que él vale llega cerca de los cincuenta años tan escaso de fondos de reserva y tan lejano de la prohombría utilitaria, ése seguramente es un hombre de bien.

Yo no afirmaré que sea oro de ley todo lo que dicen sus libros; en una ocasión, queriendo extremar un argumento á pró de la ciencia española, puso en el catálogo de nuestras glorias á Averroes y á Sanz del Río, grandes añascadores de nuestra filosofía; ahí han hincado el diente sus adversarios; tienen razón; ¿pero qué extraño es que un estudioso tenga la debilidad de admirar á esos y á otros estudiosos anticristianos, cuando todavía no se ha considerado reprochable admirar á Sófocles, á Tirteo, á Ovidio, á Julio César, quienes eran unos paganazos de tomo y lomo? Al genio de éstos aplaudimos todos: y, sin embargo, ni creemos con ellos en Júpiter ni profesamos el *ars amandi* del poeta de la *tristissima nox*.

Este es Monner y Sans el polígrafo, Monner y Sans el cristiano, Monner y Sans el patriota; este es el embajador en la Argentina, no de nuestro gobierno, ¡de nuestra sangrel; embajador cuyas relaciones con aquel país no necesitan instrucciones de un Ministerio para ser constantes y fecundas; embajador que continuamente celebra tratados de paz ofreciéndose, sin él saberlo, á los argentinos, como un dechado de buenos españoles, ganando para su país la estimación que él personalmente merece; embajador que á todas horas trata pactos de alianza no política y circunstancial, sino de afecto perdurable, entre españoles y argentinos.

Ahí queda su semblanza: quiero que mis compatriotas la conozcan; en el trazado de ella he querido ser historiador fiel; quizá he insistido con exceso en estudiar al hombre y he descuidado profundizar las obras—tan felices—de su inteligencia. No me pesa ésto si he logrado desvanecer los estigmas calumniosos de la envidia; poco vale la fama, ya que Dios lo ve todo: pero, aun así, buena fama me den y yo la merezca; que no logra poco quien logra siquiera que digan de él con razón fundada: «Tenía mala hasta la ortografía: bueno solo el corazón».

J. MONEVA Y PUYOL,

Profesor en la Universidad de Zaragoza.



La tuberculosis en Zaragoza ⁽¹⁾

Esta mortalidad por tuberculosis representa en Zaragoza el 15,55 por 100 de la mortalidad general; de cada mil habitantes mueren al año 5'61 de tuberculosis.

En Inglaterra morían 3'48 por mil habitantes en el período de 1851 á 60; actualmente la proporción ha descendido á 2,12 por mil; en Berlín de 3,42 (1883) se ha reducido á 1,26 (1896).

En la guarnición de Zaragoza la mortalidad por tuberculosis es verdaderamente extraordinaria, pues alcanza la proporción de 3,18 por mil (años 1895 á 99); esta cifra es exagerada si se tiene en cuenta que los individuos de tropa son seleccionados al entrar en el servicio y que son enviados á sus casas como inútiles cuando los reconocimientos periódicos revelan su enfermedad de un modo manifiesto.

Con respecto á las localizaciones del proceso tuberculoso en los órganos más frecuentemente invadidos por esta enfermedad, puede formarse idea con pasar la vista por el siguiente cuadro:

Tuberculosis en el quinquenio 1895-99.

En este período han muerto de tuberculosis 2,516 personas en la siguiente forma:

Tuberculosis	1895	1896	1897	1898	1899	TOTAL
Pulmonar	324	233	274	322	331	1574
Meningea	150	139	154	185	182	720
Abdominal	32	44	60	43	43	222
Total	506	416	488	550	556	2516

El promedio anual en el quinquenio es de 50,32 defunciones por tuberculosis, y referido á sus distintas formas el siguiente: tisis pulmonar 314,4; meningitis tuberculosa 144; tabes mesentérica 44,4.

Como se vé, el predominio de la tisis pulmonar sobre las demás formas de tuberculosis es constante como sucede en todos puntos, si bien es de advertir el gran número de víctimas ocasionadas por la meningitis tuberculosa sobre todo en las primeras edades de la vida, lo cual debe atribuirse á las de,

(1) véase el núm. 7 correspondiente al mes de Julio último.

restables condiciones higiénicas en que se desenvuelve en todas las clases sociales, pero especialmente en la clase proletaria, la vida en la primera infancia.

El siguiente cuadro constituye, bajo este punto de vista, una verdadera revelación, porque pone de manifiesto cómo se comporta la tuberculosis según la edad.

En el período de 1895 á 99 han muerto de

Tuberculosis	de 0 á 15 años	de 15 á 50	de más de 50
Pulmonar	271	1146	157
Meningea.....	649	69	2
Abdominal.....	155	64	3
<i>Total.....</i>	1075	1279	162

Como se vé la forma meningítica predomina en las primeras edades de la vida; constituye la tisis pulmonar el azote de la juventud y de la consistencia y no se halla excluida la vejez de tan terrible plaga, puesto que aún suministra á la muerte por tisis un no despreciable tributo.

No dejan de ofrecer cierto interés los dos adjuntos cuadros que se refieren al sexo y al estado civil de los fallecidos por tuberculosis en el mismo período de cinco años.

Tuberculosis	Pulmonar	Meningea	Abdominal	TOTAL
Varones.....	978	330	105	1413
Hembras.....	596	390	117	1103

Tuberculosis	Solteros	Casados	Viudos
Pulmonar	817	599	104
Meningea.....	710	9	1
Abdominal.....	178	33	11
<i>Total.....</i>	1759	641	116

Estos dos cuadros son pródigos en revelaciones y confirman la doctrina etiológica generalmente admitida con respecto á la tuberculosis.

En el primer cuadro se advierte que la mortalidad por tisis pulmonar es mucho mayor en el hombre que en la mujer, y se explica que así suceda, porque el exceso de trabajo físico é intelectual que representan mayor desgaste orgánico, constituye al organismo en la mas adecuada ocasión para tuberculizarse, y si á esto se agrega que el desorden en el régimen de la vida predispone al hombre á más frecuentes exposiciones y que el trabajo en colectividad favorece todo contagio, se explica la razón del mayor número de tísicos varones.

Estas consideraciones adquieren mayor fuerza si nos fijamos en la segunda casilla del cuadro, en la que se advierte que las víctimas por meningitis son casi iguales en los dos sexos y aún algo más numerosos en las hembras.

Tiene esto su explicación en la circunstancia de que la meningitis es patrimonio exclusivo de las primeras edades de la vida, cuando todavía las condiciones de régimen de vida, de alimentación, etc., son exactamente iguales en ambos sexos; aún podría explicarse el mayor número de meningitis en el sexo femenino por la mayor debilidad en la constitución orgánica de la hembra, revelada ya en las primeras edades de la vida.

El cuadro segundo de los que estamos analizando es un complemento del anterior y contiene provechosas enseñanzas. Prescindiendo de los setecientos diez solteros muertos por tuberculosis meningea y de los ciento setenta y ocho de tabes mesentérica, cuyas cifras pertenecen en su casi totalidad á las primeras edades de la vida, y restando de las ochocientas setenta y una defunciones que en los solteros ha producido la tisis pulmonar las doscientas setenta y una que corresponden á esta enfermedad en los primeros años de la vida, quedan seiscientos tísicos solteros, cifra exactamente igual á la de casados, y si se tiene en cuenta que la proporción entre unos y otros es casi igual en las edades medias de la vida, se advierte la ninguna influencia que el estado civil ejerce en la tuberculosis. La viudez da un pábulo bastante considerable á esta enfermedad, cosa no extraña desde el momento en que tratándose de enfermedad eminentemente contagiosa ha de ser forzosamente muy frecuente el contagio entre los esposos. Aparte de la observación, el estudio y comparación de las inscripciones del registro civil, suministra curiosas comprobaciones de lo que afirmamos.

El acopio de datos acerca de la tuberculosis en esta ciudad, por cierto no todo lo completo que hubiéramos deseado, suministra todavía otra demostración que vamos á señalar siquiera sea para desvanecer la romántica leyenda de que es el otoño la estación en que es mayor la mortalidad por tuberculosis.

La curva estacional de defunciones por tuberculosis en los quince años de nuestra estadística, revela que en invierno han muerto 1416, en primavera 1532, en verano 1585 y en otoño 1424, siendo el mes de Agosto aquel en que mayor cifra ha alcanzado la mortalidad por tuberculosis, pues en los quince Agostos á que se refieren nuestros datos han muerto 566 tuberculosos y el de Noviembre el que acusa menos mortalidad, ya que la suma de los fallecidos por tuberculosis en los quince Noviembrés de referencia es de 462. Colocados los meses de más á menos resultan en el siguiente orden: Agosto, Julio, Junio, Mayo, Marzo, Abril, Diciembre, Octubre, Septiembre, Enero, Febrero y Noviembre.

De todos los anteriores datos se desprende, que la tuberculosis es la más mortífera de las enfermedades infecto-contagiosas de cuantas azotan á la población zaragozana; que el número de defunciones por esta enfermedad acusa un sensible y alarmante aumento; que la forma de tuberculosis más frecuente en nuestra ciudad es la pulmonar; y si se tiene en cuenta que ésta es la forma más contagiosa, por ser tuberculosis abierta, cuyos productos son expulsados al exterior en toda ocasión, difundiéndose y pululando con abrumadora abundancia en todos sitios, y por ser éstos los enfermos en que más se prolonga la dolencia, en condiciones que les consienten alternar con sus semejantes en talleres, escuelas, cuarteles, iglesias, espectáculos públicos y en todas formas de vida, colectiva y social, se comprende que cada tísico es un foco de propagación de la tuberculosis cuyos peligros están en razón directa de la abundancia de la expectoración, de su mayor contacto en la vida colectiva. Que las formas abdominal y meníngea, la primera menos peligrosa porque su inconstante difusión tan sólo puede realizarse de un modo muy limitado por las heces fecales y la segunda inocente bajo el punto de vista de su contagiosidad, atestiguan con sus cifras desconsoladoras que la herencia y el contagio familiar producen muchas víctimas, sobre todo en la infancia, y denotan que las condiciones de higiene general en que nace y vive la población infantil deja mucho que desear.

Todavía pudiéramos prolongar más este trabajo con el estudio de la alimentación de la población zaragozana y con la investigación de las condiciones generales en que se desenvuelve la vida de nuestros convecinos; baste afirmar que la alimentación del proletariado de Zaragoza es deficientísima, que las viviendas son detestables, ya que en ellas viven hacinados nuestros paisanos, que el desconocimiento de toda noción higiénica y hasta el desprecio á sus prácticas es absoluto, que la intervención de la administración pública para modificar en algo estas condiciones es completamente negativa, por lo cual se reúnen en todos sitios y bajo todos los aspectos las condiciones necesarias para que se conviertan en abundantes raudales las dos fuentes de producción de la tuberculosis, que son la de la debilidad orgánica y el contagio.

Ante tan grave daño ¿qué hacer?; la contestación á esa pregunta podrá ser objeto de otro trabajo.

FÉLIX CERRADA.



FILOSOFÍA PARA TODOS

PREJUICIOS

I

Aunque son muy distintas las operaciones de la inteligencia, todas se subordinan á una fundamental que se llama juicio. Este consiste en afirmar ó negar una cosa de otra, como si decimos, Napoleón fué un gran general, Kruger no es amigo de los ingleses. Salta á la vista, que no podríamos formular estas dos proposiciones, sin conocer de antemano la historia de Napoleón y las condiciones necesarias para ser un buen general, y la campaña de Kruger en las repúblicas sudafricanas contra la codicia de los ingleses. Al juicio pues, debe preceder un conocimiento exacto del sugeto y del atributo, para que pueda tener algún fundamento de verdad la comparación en él establecida.

Ahora bien, ¿al acto de formular el juicio precede efectivamente ese análisis del sugeto y del atributo, esa comparación indispensable para apreciar las relaciones que existen entre ambos? Parece que si el juicio necesita de todo ese expedienteo; ó debíamos permanecer mudos constantemente, ó nuestras conversaciones, que son tan continuas y precipitadas, deben ser muy semejantes á la charla del papagayo.

No negaré la conveniencia universal de esta máxima, *más reflexión y menos palabrería, más estudio y menos conferencias improvisadas*; pero no hay que exagerar las consecuencias.

A veces las relaciones entre las cosas se presentan con tal viveza y claridad, que las percibimos con la rapidez del relámpago, y casi se confunden en un solo acto la comparación y el juicio, como sucede, por ejemplo, al mirar la pared de enfrente, que no necesitamos ningún esfuerzo de reflexión ni de análisis, para afirmar el color que tiene.

En otras ocasiones volvemos á pensar lo que ya hemos examinado detenidamente, y claro es que no hace falta repetir todo el trabajo que entonces hicimos. Hablando de estas cosas la memoria puede suplir al esfuerzo de reflexión. El que va por camino averiguado, no necesita ir mirando constantemente, para ver si se extravía.

También puede ocurrir que sin la comparación personal repitamos los juicios que otros se encargaron de examinar, sin parar mientes, ni hacernos responsables, por tanto, de la exactitud de los mismos, como quien recita unos versos ó cuenta una historia que le han referido.

Fuera de estos casos y condiciones en que puede encontrarse nuestra inteligencia, es pecado lógico, es una falta de reflexión, juzgar sin el conveniente análisis del predicado y del sugeto, y sin la necesaria comparación entre ambos. El afirmar ó negar sin tales requisitos no se llama juicio sino *prejuicio*, porque se afirma ó se niega anticipadamente y con precipitación. El amor propio, el interés ó cualquier otra causa de las que no debieran influir en el conocimiento, dan á los prejuicios una falsa evidencia y producen en el espíritu una convicción semejante á la que pueden tener los juicios tras una buena dosis de reflexión y examen. Pero será más fácil apreciar estos caracteres de los prejuicios al exponerlos en particular.

Los prejuicios son siempre censurables, porque nos ponen en ocasión próxima de sufrir una equivocación, mas no por eso hemos de creer que todo prejuicio es un error, pues no todas las cosas que se hacen de prisa se hacen mal.

Estos juicios anticipados no son patrimonio exclusivo de las inteligencias vulgares, son parásitos que arraigan también, y á veces con mucha lozanía, en los entendimientos mejor cultivados. No sólo hay prejuicios sobre materia en que resulten directamente comprometidos el interés pecuniario, la pasión ó el sentimiento, sino también en asuntos científicos, en lo que se llama con frase cursi, «la fría y serena región de las ideas,» la cual no es siempre fría ni serena, aunque debiera serlo.

Podríamos pues, dividir los prejuicios en *vulgares*, ó sea, aquellos que se cometen al juzgar de los asuntos ordinarios de la vida y *científicos*, es decir, las precipitaciones del sabio al buscar la explicación científica de los hechos.

Como á las ciencias respectivas incumbe descubrir estos últimos, habré de concretarme á los primeros. Y conste que no abrigo la pretensión de enumerarlos todos, sino aquellos que sean más corrientes y de mayor trascendencia en la conducta.

Puede servirnos de introducción en esta materia, el plan *prejuizado* é ilusorio de D. Casimiro Proyectos con motivo de la lotería.

Los planes con la base muy codiciada del premio *gordo* de la lotería de Navidad suelen ser uno de los temas más abundantes de la conversación en estos días de Diciembre.

¿A quién no le gusta soñar con los cinco millones de pesetas, ó con una parte alícuota de esa cantidad tan respetable? Hay que confesarlo, aun á los hombres de grave continente y severa fachada les distrae y regocija jugar á ricos con la imaginación. Estos tales deben estar muy agradecidos á la *loca de la casa*; porque con una probabilidad tan improbable, como la lotería, les basta y les sobra para concebir la esperanza de ser ricos y gozar como si tuvieran ya los millones en el cajón de la cómoda.

Con estas impresiones, que casi constituyen una verdadera alucinación, empezó D. Casimiro Proyectos á planear sobre su conducta en el año próximo de 1901.

«Los números en que llevo participación, decía para sus adentros, me gustan más que los del año pasado. Aquellos eran treinta y un mil tres, veintidos mil no sé cuantos, etc., todos muy raros; por esto ni siquiera en uno de ellos pude cobrar el reintegro.»

Si alguno de esos números hubiera salido premiado, de seguro que á estas fechas lo consideraba como el mejor y el más bonito de todos los números, y quizá hubiera llevado la exageración hasta hacerle un cuadro.

«Los de este año... ¡qué diferencial!... ¡vaya unos números!... 1599, 12600, 25644, todos múltiplos de 3 y bonitos de verdad. De fijo, alguno de ellos sale con el *gordo*. Y entonces... vida nueva. Ahora, como el sueldo viene tan rapado, parece que el hallarte á primeros de mes con unos duros reunidos, convida á tomarse alguna expansión y apuntar unas pesetas al *cinco*, antes de entregarlos á la mujer, porque si no se aprovecha esa coyuntura, apenas si puedes ir ya al café y tomar una copa con los amigos. Ni da gusto hacer economías, porque, á costa de sacrificios, lo más que puedo ahorrar

son unos mil reales al año. ¡Vaya una cantidad para salir de apuros! Tan pobres serán mis hijos con mil reales más, como con mil reales menos. Pero entonces... aunque vaya al teatro alguna vez y al casino esas tardes de frío insoportable, podré aumentar todos los años mil quinientas pesetas. Además, que ya no iré á jugar: ahora se explica el que juegue porque no he de pasar de pobre, y después de las horas de oficina, ¿qué voy á hacer? Si tuviera dinero para dedicarme á algún negocio, me distraería mejor que con el juego, haría algo, pero así... rueda la bola.»

Absorto en estas consideraciones iba paseando D. Casimiro, cuando le salió al encuentro su amigo D. Severo, hombre muy ducho en los negocios, á los cuales debía su fortuna, y un tantico socarrón.

—¿Qué hay D. Casimiro? De seguro que iba Vd. madurando algún proyecto de los suyos.

—Sí, estaba pensando en la nueva dirección que voy á tomar si me cae la lotería.

—Me parece, me parece...

—¿Qué?

—Que no vuelve Vd. á la oficina. Porque yo le he oído muchas veces...

—Hombre, tanto como eso... psch... aunque crea Vd... francamente, no me gusta mucho esa sujeción. Pero si la dejo, no será porque desee la vagancia. No. Si me caen los veinte mil duros...

—¡Caramba! ya es una cosita decente.

—Pues si me toca esa cantidad, que es la que yo espero, verá Vd. cómo trabajaré más, sin ir á la oficina, y hasta suprimiré el juego del casino. Porque como he dicho muchas veces: llevaría á Fernando Póo á esos capitalistas que, por no hacer cosa alguna, alquilan un escribiente que les despache la correspondencia.

—Pues más vale que la lotería no se acuerde de Vd., porque será fácil que me vea privado de su amistad.

—¿Y qué quiere Vd. decir con eso?

—No sé, no sé... pero me temo que si Vd. llega á cobrar esos veinte mil dures, le van á convertir en ese capitalista que tanto maldice Vd., y entonces...

—Yo? no me conoce Vd., D. Severo. Cuando le digo á Vd. una cosa, crea Vd. en mi palabra.

—Sí; pero el hombre propone y Dios dispone. De buenos propósitos está lleno el infierno.

—¿Que lo haría. ¡Vaya si lo haría! como se lo digo á Vd.

—Perdone Vd., Sr. Proyectos. Aquí hay dos cuestiones: 1.ª la intención que ahora tiene Vd. de trabajar para hacer producir al capital que suponemos le proporciona la lotería; 2.ª la realización en el año próximo y siguientes de todos esos propósitos de trabajo y economía. No dudo yo de que usted ahora tenga esas buenas intenciones; pero ¿se cumplirán? Esto es discutible. Yo tengo intención firme y un deseo grandísimo de vivir al año que viene; es indudable. ¿Viviré? no lo sé.

—Siempre tiene Vd. de las suyas. En todo encuentra Vd. dificultades. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? Claro es que si el cielo se cae á todos nos cogería debajo.

—No señor, Vd. confunde sus intenciones de ahora con lo que hará usted en lo porvenir.

—Es que si yo doy una palabra, la cumplo.

—Está bien. Reconozco que es Vd. hombre de palabra, no dudo de que efectivamente sus intenciones son las que acaba de manifestarme, y aún más, es *posible* que Vd. las realice. ¿Las realizará?

—Si señor. No le quepa á Vd. ninguna duda.

—Pues la tengo: y muy fundada.

—A ver en qué. Como si pudiera Vd. juzgar mejor que yo de mis pensamientos.

—No es eso. Pero puedo calcular su conducta en lo sucesivo, por su conducta presente, y por este camino averiguaré la mayor ó menor probabilidad de que Vd. cumpla lo que promete.

—Pero, ¿y la libertad?

—Yo no entiendo de esas cosas de libertad, pero le recordaré á Vd. aquel refrán: «El que tuvo, retuvo y guardó para la vejez», ó este otro: «genio y figura hasta la sepultura.» Esos cambios de conducta, como el que Vd. se promete conseguir con la lotería, son poco frecuentes.

—Porque toca pocas veces.

—No señor. Hay tres sorteos cada mes y los premios no se quedan en el bombo. Aun le diré á Vd. más. Casi todos aguardan la lotería con los mismos propósitos de orden y economía que Vd. De los que han tenido esa fortuna, ¿cuántos los han cumplido? Recuerde Vd. algunos que todos conocemos.

—Sí, que tiene Vd. razón. ¿Y cómo habrán sido tan desarreglados? Merecían...

—Y se extraña Vd. de eso?

—Pues?

—Que sucediera lo contrario, es lo que me sorprendería D. Casimiro.

—¿Por qué?

—Mire Vd. Al hacer esos planes, se tiene en cuenta la modificación que ha experimentado nuestro capital, pero olvidamos el cambio que en nuestros gustos y aficiones se producirá con ese motivo: somos el pobre que con sus hábitos de pobreza distribuye la fortuna del rico. Le recordaré á Vd. la anécdota de Parmenio y Alejandro. «Darío ofreció á Alejandro 10.000 talentos, si quería acompañarle al Asia. En vez de aceptar, le contestó: «ni la tierra puede tener dos soles, ni el Asia dos reyes.» Enterado Parmenio de esta oferta, dijo: si yo fuera Alejandro aceptaría, y Alejandro replicó, también yo la aceptaría si fuera Parmenio.» Generalmente se espera de la lotería lo contrario de lo que puede dar, á saber, que duren, y que se aumenten los hábitos del orden, de la economía y del trabajo, que han nacido y se mantienen por la necesidad que de ellos tenemos para vivir. Luego es muy probable que esos hábitos, lejos de fortalecerse, se debiliten y hasta desaparezcan, porque la lotería suplirá de algún modo la influencia del orden, de la economía y del trabajo.

No hay que confundir, D. Casimiro, el proyecto con la realización.

He aquí un prejuicio muy corriente, como lo es el disminuir las dificultades de la obra al trazar el plan, cuando debiéramos tender á exagerarlas. Por eso hay muchos que pasan la vida en proyectar y echar planes, sin que jamás lleguen á realizarlos, ó que si lo intentan salen fallidos sus cálculos.

DR. GRAFILINKS.

CRÓNICA del Congreso Hispano-americano

Apagáronse ya los ecos de los brindis y discursos en que españoles y americanos hemos rivalizado en comedimiento y en manifestaciones de exaltado afecto, y el cronista, libre ya de las sugestiones de la elocuencia, puede con más serena mirada y más reflexivo juicio meditar sobre el alcance, y apreciar las exactas proporciones, del acontecimiento celebrado.

Nació este Congreso de una iniciativa particular, de la labor de 15 años oscura, ingrata y tenaz de la Sociedad «Unión Ibero-americana» que dirige el señor Rodríguez San Pedro: diez y ocho naciones han tenido en él representación, y allí se han votado bases amplias y fecundas para un programa de relaciones internacionales, que no sabemos si pasará á las Constituciones y á los Códigos de las naciones reunidas, pero que indudablemente han prendido ya en su alma y han pasado á la lista de sus aspiraciones más hondamente acariciadas.

La intervención oficial ha sido fastuosa, pero recatada, poco audaz, prudente en exceso.

El ministro de Estado, el señor Silvela y hasta algunos de los americanos que al Congreso llevaban representación de sus gobiernos parecían tener ante sí dos visiones que les sugestionaban: la visión risueña de las repúblicas americanas, hijas pródigas rodeando cariñosamente á España, su madre, que les inspiraba frases de entrañable cariño, de olvido generoso, de esperanzas risueñas, de hondo entusiasmo; la visión muerta de John Bull y del tío Sam, contemplándole con provocativa fijeza y desconcertante mirada, que ponía vacilaciones en su voz, eufemismos en la expresión de sus resoluciones, recelos temerosos de complicaciones diplomáticas.

Y reclamaciones las hubo con anterioridad al Congreso: consta por declaraciones íntimas del ministro de Estado. El Congreso podía ser un freno á las audacias de expansión de los norteamericanos: la unión de todos los pueblos que hablan español sería seguramente un dique que impidiera ó retardara al menos la marcha absorbente de la raza anglo-sajona. Las cancillerías preguntaron por el alcance del Congreso, y la contestación les satisfizo. No era una reunión internacional, sino una reunión de internacionales. No se congregaban naciones, sino individuos. Los Estados Unidos é Inglaterra nada tenían que temer. Los gobiernos prestarían una benevolencia platónica al Congreso, sin compromisos ulteriores sobre las resoluciones votadas.

El hecho es cierto. *Miserrimum est arbitrio alterius vivere*; pero, con ser bochornoso el vivir así, á merced del capricho del más fuerte, así se vive. En la brutalidad del derecho internacional vigente, las naciones débiles sólo tienen una soberanía á medias.

España y las repúblicas sud-americanas, dado caso que quisieran, no pueden, no podrían en mucho tiempo concertarse y unirse de una manera oficial.

Quitado así carácter oficial al Congreso, sus resoluciones pasaban á la categoría de deseos, de aspiraciones más ó menos hondas y unánimemente sentidas, pero podían ser más espontáneas y reflejar mejor los sentimientos de los pueblos reunidos.

Perdían en autoridad, pero en sinceridad ganaban.

No se ponían en contacto los gobiernos, bajo la presión de la diplomacia

y el temor á la responsabilidad de los acuerdos tomados, sino las almas mismas de las naciones en íntima expansión, recordando lazos de familia y deberes de la sangre, contándose sus necesidades y sus esperanzas, buscando un medio de llegar á un acuerdo para la común orientación de sus esfuerzos.

Lo que el Congreso votara, no era lo que los gobiernos iban á llevar á sus *Gacetas* respectivas, pero podía ser lo que los pueblos reunidos querían, y los gobiernos concluyen siempre por hacer lo que la masa social quiere.

El Congreso, pues, aun sin carácter oficial, tenía excepcional importancia, y merecen severa censura aquellas personalidades que le han negado el concurso activo de su inteligencia y de su prestigio. No han podido cubrir su indolencia y su falta de desinterés con ingeniosos epigramas sobre la significación del Congreso, sobre la esterilidad de sus acuerdos.

* *

El Congreso se dividió en once secciones: sección de *Arbitrajes*, de *Jurisprudencia y legislación*, de *Economía pública*, de *Relaciones comerciales*, de *Relaciones bancarias y bursátiles*, de *Exposiciones permanentes*, de *Transportes*, de *Correos y telégrafos*, de *Ciencias*, de *Letras*, de *Enseñanza*, y de *Prensa*.

Cada sección tenía un cuestionario; se discutían los temas y luego se sometía á aprobación de los congresistas una serie de conclusiones que intentaba reflejar el criterio y las aspiraciones unánimes, ó de la mayoría al menos.

Así se han tocado los problemas de más capital interés y de más palpitante actualidad, y las conclusiones votadas son tantas y tan interesantes, que bastarían para modificar el Código mercantil, nuestro derecho internacional, todas nuestras relaciones económicas, jurídicas é internacionales, dando á las naciones congregadas el aspecto de una federación á la que no es fácil lleguemos nunca.

Se ha votado un tribunal de arbitraje hispano americano para dirimir las cuestiones que surjan é interpretar los tratados; disposiciones cordialísimas, casi de familia, respecto al asilo, extradición, patentes, jurados industriales y emigración; creación de un Banco hispano-americano y de la unidad monetaria; tendido de un cable entre España y la América del Sur con capitales de las naciones interesadas; celebración de arreglos comerciales y modificación de aranceles; rebaja de tarifas consulares y de puertos y trasportes, rebaja del 33 p 8 en los derechos del transporte de la correspondencia postal entre España y América; creación de Institutos Pedagógicos, Laboratorio de Psicología experimental, de un Centro de enseñanza superior internacional, medios de conservar íntegro y puro el idioma castellano, correspondencia entre las academias, validez de los estudios y títulos académicos de todas las naciones representadas y mil más de igual interés y de no menos difícil realización.

Todas estas conclusiones, que por su amplitud y complejidad no han podido ser suficientemente discutidas, han sido aprobadas con carácter provisional, hasta que en Congresos especiales, personalidades técnicas ó clases sociales las estudien y mediten con más tiempo y competencia.

La Sociedad «Unión Ibero americana» es la encargada de mantener viva la memoria del Congreso, de organizar otros y de estimular la adopción de las conclusiones votadas.

* *

En el Congreso ha habido varias notas salientes, aparte de la timidez

oficial y del escepticismo de personalidades ilustres que ya he censurado.

En varias secciones se han aprobado las conclusiones sin discusión, á pesar de grandes empeños en que se discutieran. De aquí el que muchos duden si dichas conclusiones representan el criterio particular de los apreciables señores que las han redactado ó las aspiraciones del Congreso.

En otras ha sido necesario redactarlas con una vaguedad que las hace estériles. Nuestro inmoderado afán de discutirlo todo y nuestro vicio social de sobreponer los fáciles triunfos de nuestro amor propio á los intereses estables de la generalidad han justificado este acuerdo.

Unas y otras conclusiones llevan un vicio de origen: son en parte un convencionalismo más, que les quita fuerza y eficacia.

En la sesión inaugural decía el representante de Méjico que lo que más une á España con sus antiguas colonias americanas eran las letras; pero con ser esto cierto, no han sido las secciones de carácter puramente intelectual las más movidas, las de discusiones más amplias, las de soluciones más fáciles y prácticas: el comercio, la industria, la banca han revelado en el Congreso mayor interés, se han entendido mejor, sus soluciones han sido más unánimes, más viables, más enérgicas y prácticas.

Las Academias, las Universidades, los grandes centros intelectuales, no han aportado al Congreso el esfuerzo de su colaboración. Digo mal, para honra suya, la Universidad de Oviedo ha sido la excepción.

Forma el cuerpo profesoral de esta Universidad una especie de masonería (y no digo hermandad por las pocas simpatías que para el mismo tiene el olor á incienso de esta palabra,) que trabaja, que bulle, que invade las Revistas y los periódicos de gran circulación, que revela su vitalidad en los escaparates de las librerías, en su propia región, donde se esfuerza en defender la cultura, y que para muchos ha venido á ser ya como una pesadilla, una especie de comunidad monopolizadora del intelectualismo á la moda, un baratero pedagógico, algo que carga y molesta como la pedantería afanosa de exhibirse ó como la superioridad real que humilla al imponerse.

Al Congreso llevó un cuestionario algo vago, pero muy discreto y bastante completo, y sus representantes no fueron los que ménos se esforzaron por brillantar y dar vueltos á las discusiones.

En cuanto á la prensa, fué la que ménos discutió. Sus sesiones fueron lánguidas, la concurrencia poco numerosa, los *dii majores* de nuestro periodismo allí no parecieron, y Moya, el infatigable Moya, pudo conseguir que por unanimidad se tomaran los acuerdos que la prensa ha hecho ya públicos, y que se rindiera un tributo de admiración á su ídolo, al tribuno Castelar, cuyo nombre, por las gestiones de esta sección del Congreso, se ha conseguido al fin que la Plaza de Madrid lleve en adelante.

La nota culminante ha sido la explosión de cariño entre España y sus antiguas colonias. La prensa extranjera, que ha sido la primera en admirar tanta simpatía latente entre pueblos separados por lagos de sangre y mares inmensos, augura á las naciones congregadas una edad de oro.

Sobre base tan sólida y tan amplia como el amor revelado, puede levantarse un gran pueblo, y los lazos de la sangre, de la raza, del habla, de mil tradiciones comunes, podrían preparar, para un porvenir no muy lejano, la grandeza de la América del Sur que habla español, su hegemonía quizá en el mundo.

S. AZNAR.

Á REY MUERTO...

Al fallecer sus padres, un baturro, de treinta años, se halló con casa puesta y con unos corricos en secano y con otros corricos en la vega. Hasta entonces, entre él y los ancianos manejaron muy bien toda su hacienda; pero viéndose solo el pobre huérfano no podía como antes atenderla y sin dejar pasar una semana hizo las necesarias diligencias en su pueblo y en otros comarcanos para hacerse con una compañera joven, forzuda, de excelente aspecto, que le ayudara á administrar sus tierras.

Por dicha la encontró y estaba el hombre tan satisfecho de su cara prenda [bre que el gozo revelaba en su semblante y antes no revelaba más que penas.

Con ella se pasaba todo el día, la noche se pasaba junto á ella, trabajando los dos como unos brutos y durmiendo los dos como unas bestias. Tanto se encariñaron uno de otro, tan juntos iban siempre á sus faenas, que, al verlos por caminos ó por montes, enseguida decía quien los viera, aunque no distinguiese más que bultos, «por allí van fulano y su parienta.» Con tanto trabajar se sostenía en buen estado la preciada herencia y con cavas y abonos anualmente rendía, sin cansarse, gran cosecha. Además les escardas y los riegos, si riego había, hacían que las siembras marcharan viento en popa y se encontraran [traran limpias, como un jardín, de males yerbas.

Pero no hay bien que dure muchos años y es muy seguro que por las ó nefas el día aciago llega á cada uno y su felicidad se hace pavesas. Una mañana, al despuntar la aurora de un día trece y martes por más señas, levantóse el baturro de la cama, encendió una cerilla y la linterna y vió á su compañera entristecida, con mucha fiebre, con temblor de piercon los ojos cerrados casi, casi, [nas, y casi, casi con la boca abierta, y con un sobreamiento tan seguido como después de dar una carrera. No le cogió de susto la desgracia, y no porque de antiguo la temiera, sino porque, pensando en el suceso, á poco discurrir cayó en la cuenta de que por varias veces en la noche había oído, así como entre sueños, que la enferma roncaba ó se quejaba y estuvo dando vueltas y más vueltas.

A enfermero se echó con mil amores, dando de su cariño clara muestra, y ejecutando al punto todo cuanto le ordenaba con énfasis la ciencia.

El le cocía el agua de cebada, él le traía rábanos y berzas, él le echaba su manta por encima, él la lavativaba con frecuencia, él sacaba el moquero, que guardaba, bien en la faja, bien en la chaqueta, y le limpiaba con cuidado y mimo las lágrimas hermosas como perlas. Mientras su compañera estuvo mala cutio, cutio se halló á su cabecera,

descuidando el cultivo de sus corros y aun la conservación de su existencia, pues estaba tan mustio el pobrecillo, transido de dolor con tanta pena, que casi no comía ni bebía, las noches se pasaba casi en vela y si es que daba alguna cabezada con la de ella juntaba su cabeza.

Así se pasó el pobre mes y medio sin entrar ni una vez en la taberna y gracias que, cuando iba algún amigo, cortés lo recibía en la bodega. Al de más confianza abrió su pecho cuando apuraron dos ó tres cazuelas y le habló de este modo:

—Me se muere.

—Hombre, ¿quién sabe?

—Sí; pero pacencia.

No la hubiera cambiau...

—Bebe, hombre, bebe.

—En buena mano está.

—Pues por la enferma: para que salga pronto del apuro.

—Por nenguna del mundo: tan buena era.

—Echa otro trago.

—Trae. Pues beberemos.

El vino resucita; esto consuela.

Lo que es si me se muere, ya te digo que me caso en seguida con la Ugenia,

que, no agraviando á nadie, es una moza que rompe á cabezazos una puerta y animás heredó de un tío suyo media casa, una viña y una yegua; y si yo tengo una onza ú vainte duros tiene ella vainticinco ú quizás treinta. Amos, que me conviene esa baturra: dame tu parecer, ¿qué me aconsejas?

—Que lo has pensau mu bien. Venga.

—Toma otro trago. [otro trago.

—Venga. Toma.

—Venga. Derechos desde allí los dos amigos juntos se fueron con oído alerta a ver qué mejoría se encontraban, pero estaba la muerte ya muy cerca. Hallábase la enferma agonizando y aunque ambos intentaron socorrerla en vano todo fué, estiró la pata y sin decir Jesús se quedó yerta.

Pocos días después de este percance, ya resignado con su suerte adversa, se bajó á Zaragoza el buen baturro y, para que en el pueblo no dijeran, porque le estaba haciendo mucho falta, y para que su novia lo supiera, se compró otra pollina de once meses que era del mismo pelo que la muerta!

José A. SÁNCHEZ PÉREZ.



UN AUTÓGRAFO DE ASSO

La documentación inédita que pude reunir durante el verano, por conocer y estudiar la vida y obras de D. Ignacio Jordán de Asso y del Río, aumentó recientemente, con un curioso autógrafo de este insigne escritor, que con otros de familia conservaba apreciado en todo su valor histórico, mi amigo y docto profesor de Calatayud, D. Alberto García, hasta que favoreciéndome demasiado, lo puso á mi disposición con inestimable generosidad.

En los prefacios á las obras escritas por Asso, para mayor ilustración de la gea, flora y fauna regionales, dejo consignadas las distintas excursiones que como naturalista realizó por territorio aragonés, acopiando los materiales que sirvieron de base á sus trabajos.

La *Synopsis stirpium indigenarum*, impresa en Marsella siendo D. Ignacio cónsul de España en Burdeos, refiere que en 1783 recorrió su autor los Pirineos y la Sierra de Guara con provechosos resultados, y á este viaje alude el documento que voy á transcribir, creyendo retratar en uno de sus aspectos más característicos, la figura del sabio ilustre que dedicó por entero su vida á la ciencia y á la patria.

Dice así el original que poseo:

«Epila 21 de Julio 1785.

Amigo y dueño mío: Ayer llegué á esta villa concluído mi viaje á los Pirineos de Aragón, el cual ha sido mucho más corto de lo que yo tenía proyectado. La causa de ello ha sido la desgracia de habérseme puesto cojo el caballo, así como llegué á Jaca. Todo esto procedió de sus infelices cascos, los que se le iban desmoronando de suerte, que en los pies apenas se le podía asentar la herradura con tres clavos. Este azar justificó el concepto que hizo el albéitar y Audera el de Sallillas, los cuales desde luego notaron ese gran defecto en el tal caballo. En fin, tuve la fortuna de que un amigo me prestó su macho para el viaje, en el tiempo perentorio de la cosecha, y yo, por no abusar de su favor, he tenido que abreviar el viaje y recorrer mucho menos terreno de lo que tenía ideado. Sin embargo, se ha aprovechado el tiempo grandemente, pues se acercan á doscientas las yerbas raras y exquisitas que he hallado en los Pirineos, sin contar los insectos y aves con que voy enriqueciendo los materiales para mi obra.

Ya sé que Vm. ha trabajado en este tiempo en la pesquisa de insectos. A este fin va Agustín con el caballo para traerse la tabla con los que Vm. tuviere recogido.

dos, y si Vm. aprovechándose de esta ocasión, quisiese venir á dar una vuelta por acá, será singular mi complacencia, y no nos faltará buen entretenimiento. Yo tengo mucho que trabajar con lo que he traído de mi viaje y todos los instantes son preciosos.

No sé si Vm. se habrá acordado de la semilla de la Romerina y Matapollo. Si está cogida envíela Vm. con Agustín. Pero también necesito Romerina en flor: si Vm. pudiese hallarla ó lo creyese apropiado podrá ir Agustín á buscarla y traerla entre papeles de estraza, porque me la piden de Francia: y advierto que venga también en cápsula, porque la piden de ambos modos. También traerá Agustín aquella yerba pegajosa de flor amarilla que nace en las peñas cerca del lugar: es el *Erigeron graveolens*. No sé si Vm. se acordará de ella, que se la enseñé cuando iba naciendo. Se conoce fácilmente por su olor fuerte y nauseoso.

Yo pasaré á Zaragoza dentro de siete ú ocho días y me detendré hasta el día de la virgen de Agosto que saldré para Madrid. Suplico á Vm. que escriba á su amigo el de Berruero para que en estos días aprovechando la ocasión de mi estancia en Zaragoza, procure que maten el Ave azul de la Laguna de Gallocanta y algunas otras de las que por allí son frecuentes. Estas las estriparán por el culo, y les introducirán porción de sal para que se conserven, cuidando de que no corten nada del pico, lengua, pies, alas y cola, que son partes esenciales para su conocimiento. Prevendrá Vm. que me les envíen con un propio que lo pagaré bien y que éste acuda á la Platería, casa número veintidos, preguntando por D. Jaime Pladevall. Esto lo encargo mucho, pues ya puede conocer lo que me importa para mi obra y es forzoso que Vdm. se dé buena maña en este asunto, para que yo logre mis deseos.

Mis expresiones al Sr. D. Pedro, señoras y Caravantes. Mande Vm. á su amigo de corazón,

IGNACIO DE ASSO.

Sr. D. Gerónimo García.

¡Qué bien se delatan en el documento las ansias de saber que aguijonearon siempre la fecunda actividad de Asso!

Con soberano entendimiento llegó á conocer y dominar las ciencias de su época, debiéndole trabajos de singular estima la jurisprudencia y la literatura, la economía y la filología, la historia natural y la numismática, y cuando en sus últimos años peligraba la independencia de España, á la que había servido con desinterés en el extranjero, sacrificó cuanto poseía, inspirando á los defensores de nuestra ciudad, desde la célebre «Gaceta de los Sitios», sentimientos de fe y de patriotismo.

Vida tan llena de enseñanzas, debe ser expuesta para ejemplo de todos en esta edad, cuando parecen agotadas las energías nacionales, porque no existe el esfuerzo individual que es el que verdaderamente ha de engendrarlas.

Trabajar, pensando constantemente en enaltecer la patria, es lo que hizo D. Ignacio Jordán de Asso, por eso su labor vive en la ciencia, y la historia le otorga laureles y palmas.

H. GIMENO.

Un nuevo novelista aragonés

Al juzgar la última producción del novelista aragonés Sr. Matheu y Aybar hace pocos meses en la REVISTA DE ARAGÓN, manifestaba el sentimiento de que la vida cortesana le retrajese de cultivar la novela regional aragonesa, que está pidiendo á gritos (decía yo en mi crítica) un novelista de temple y condiciones: ¡bien ajeno estaba al escribir aquellas líneas, de que quizá entonces el Sr. López Allué daba la última mano á su obra «Capuletos y Montescos» y que iba á aparecer en la escena literaria ese tan deseado novelista!

La aparición del Sr. López Allué ha sido brusca: entre la gente de Letras (y pase el galicismo) ha causado verdadera sorpresa: apenas comenzóse á divulgar su novela, todos preguntaban ¿quién es ese López Allué? no se conocían anteriores trabajos suyos, no era el literato que empieza escribiendo articulitos en la prensa local y poco á poco va trabajosamente dándose á conocer y conquistando un nombre: era una personalidad que con un vigoroso *empenón* rompía el hielo de los desconocidos y se colocaba de un salto en la primera fila de nuestros novelistas contemporáneos. Pronto se supieron ya noticias.

López Allué había desempeñado cargos políticos en la provincia de Huesca: y esto me explicaba aquella exacta descripción de las elecciones de Escuarve, lugar de la acción de la novela, aquellas cartas de los candidatos, aquella caza de electores hecha por el Sr. José de la Retora, aunque sean tan *somordos* y diplomáticos como Lorenzo el Tuerto, aquellos temores de D. Cándido el maestro que ve trocarse el tranquilo lago donde navega agarrado á sus múltiples cargos en proceloso mar agitado por el oleaje de la política de campanario. Supe después que el reciente novelista vive en su casa de Barluenga, cultivando sus campos, metido de lleno entre *baturros* y en las faenas agrícolas; y entonces me expliqué aquellos cuadros tan deliciosamente pintados de la vida del campo en el Alto-Aragón, la escena de la era del Sr. José, la descripción de los segadores, descendientes directos de los *almogávares* de otros tiempos. Me dijeron que era abogado; y comprendí entonces que en la novela se retratasen con exactitud y viveza las costumbres jurídicas del país, en aquella descripción de las capitulaciones de Pablo y la de Villagrasa en la venta, y la organización de la propiedad y la familia en armonía con las condiciones del terreno, país y clima, que en vano tratan de

borrar soñadores teóricos patrocinadores de la unidad legislativa, contra la cual convence más la novela de Lopez Allué que veinte discursos académicos serios y eruditos.

Lo que no me han dicho, pero me lo dice la novela, es que el Sr. López Allué es algo más que todo esto: es un sociólogo á la moderna, es un hombre enterado de las tendencias y corrientes que privan en el campo de la ciencia y el arte y á más un erudito de mayor cuantía; de suerte que su obra no es sólo descripción de lo que ve, sino que tanto en el disponer los personajes y la trama como en la finalidad de la acción, se vislumbra una idea, una tesis que demostrar, una intención al escribir, y esto se le pide hoy al literato, pues ya pasaron los tiempos en que tan sólo se le exigía cierta corrección y pulcritud en el lenguaje llamado literario y que produjese en el lector delección estética aun á trueque de que fueran sus producciones inverosímiles y sin trascendencia.

En «Capuletos y Montescos» hay cierto simbolismo en los personajes: el Sr. José de la Retora es el tipo del montañés laborioso, enérgico, listo, hijo de sus obras, por más que la malicia popular, poco dada á explicarse los hechos por sus causas naturales, atribuya el crecimiento de su caudal á maderas repletas de oro traídas del campo carlista ó al consabido hallazgo de peluconas que estaban bajo siete estados. D.^a Rufina es el tipo opuesto: representa el último eslabón de una raza señorial decadente, producto de generaciones de desocupados y holgazanes, gentes dadas á gobernar á los demás sin que el trabajo y el esfuerzo propio sean el pedestal en que se encaramen para conseguirlo: estos dos son los principales personajes; en su lucha está el nervio de la novela, aunque los amores de Pablo y Julia parezcan el asunto principal.

Julia y Pablo son dos tipos admirablemente pintados: Julia es la víctima que fatalmente sucumbe en la lucha de odios concentrados en que se debaten las dos fuerzas simbolizadas: débil, física é intelectualmente, como resto de decadencias orgánicas y de educaciones absurdas, es una desadaptada á aquel medio que exige gentes de acero para luchar contra una naturaleza inclemente y un suelo que arranca chispas á las férreas *ajadas* al cultivarlo: podría ser la esposa de un señorito de ciudad, nunca de un labrador de *par de mulas*: su muerte es el único desenlace posible de aquellos amores. He pensado alguna vez en si el autor pudo acabar de otro modo su novela, pues en verdad, la impresión que deja al acabarla así es amarga; me convenzo de que no hay otro medio de ponerle fin dentro de la verosimilitud. Pablo también es otro carácter: su decisión en la soberbia escena—á mi juicio la mejor de la obra—en que su padre le plantea el dilema ó Julia ó la herencia, parece á primera vista repugnante: estamos acostumbrados á que en tales casos entone el novio una lírica romanza y rompa la tiranía paterna huyendo con su amada: si tal aconteciese en la novela, el carácter de Pedro no sería real: no obran así nuestros baturros, se comprende que con una de su *par igual* acepte la lucha por la vida y vaya á ser un jornalero; pero ¿cómo se puede hacer esto en compañía de una señorita? Quizá hubiese convenido que la transición no fuese tan brusca: Pablo acepta demasiado pronto las proposiciones de su padre: el olvido viene enseguida. Hay un toque en la novela que, lo diré con sinceridad, no me agrada: es la semi-indiferencia con que Pablo contempla á través de los cristales el cadáver de Julia: la reflexión que le ocurre, hace daño: «tenía razón mi padre, no había ni salud»: esta frase,

como epitafio á la mujer que muere por amarle, será real, pero me repugna.

Junto á estas figuras principales, aparecen en la novela otros tipos deliciosamente pintados y escenas trasladadas al papel con mano maestra. El lenguaje es propio y adecuado á cada circunstancia y personaje: nadie ha hecho hasta ahora hablar á nuestros *baturros* con tanta propiedad.

Casi todos los que en la prensa han juzgado la novela han visto el parecido del nuevo autor con Pereda: ya hay hasta quien los compara; la semejanza es notoria: obedece á la analogía del medio en que ambos autores se mueven y á que pintan la vida de los campesinos de sus respectivos *terruños*: Barluenga es el Polanco de Pérez Allué: viven ambos autores en la constante contemplación de la naturaleza y de los labriegos, y así resultan sus pinturas propias, exactas, rebosando frescura y gracia: por no estar de continuo en este medio ambiente han fracasado quienes, antes que López Allué, intentaron pintar nuestros *baturros*: es imposible que viviendo en ciudades, yendo al casino y al teatro de continuo, se puedan observar nuestros campesinos: esto sólo se logra con la continua vista del modelo: hasta aquí el parecido entre los dos: las diferencias se perciben, pero no están aún completamente marcadas: en este punto se puede decir la consabida frase «una audición no basta para juzgar á un artista», una novela no es suficiente para establecer el paralelo: esperemos que el Sr. López Allué escriba más novelas y entonces será hora, si se quiere, de entrar en estas comparaciones, cuya utilidad, de otra parte, suele ser bien escasa, por no decir inútil.

Entretanto saludemos con regocijo la aparición de la obra y del autor todo junto: las letras aragonesas están de enhorabuena: recíbala muy cumplida y entusiasta el Sr. López Allué: tenemos un novelista de primer orden en Aragón: siga escribiendo novelas para honra suya y regocijo de los amantes de la literatura.

EDUARDO IBARRA.



CUENTOS INFANTILES

X

El de los viejecitos de la cueva

Pues, señor, iban unos caminantes por un camino, cuando se echó á llorar cada vez más fuerte: apretaron el paso y empezaron á mirar á un lado y á otro á ver si veían algún sitio donde pudieran cobijarse. Por fin vieron una cueva que estaba en un monte, cerca del camino, y allí se metieron. Y se encontraron un viejecito muy viejecito, con la barba muy blanca y muy larga, que daba lástima verle porque el pobrecito estaba llorando.

—¿Por qué llora usted?—le dijeron—¿tiene usted frío?

—No, señor.

—¿Tiene usted hambre?

—No, señor.

—¿Está usted enfermo?

—No, señor.

—¿Se le ha muerto algún nieto ó alguna otra persona de su familia?

—No, señor.

—Pues ¿qué le pasa á usted, ancianito, qué le pasa á usted?

—¿Qué me ha de pa...pasar? ¡que me ha pe...pegao mi pa...padre!

—¡Pero, hombre! ¿y tiene usted padre todavía?

—Sí, señor.

—¿Y por qué le ha pegao á usted?

—Po...por nada. Po...porque ha querido.

—¿Y dónde está su padre de usted?

—Allá dentro.

—¿Se puede entrar á verle?

—Sí, señor; pa...pasen ustedes.

Pues, señor, entran por una galería de aquella cueva y llegan á una salita donde estaba el padre del *niño llorón*. Figúrate tú cómo sería de viejecito: tenía toda la cara del mismo color de la tierra; ya no tenía dientes, colmillos ni muelas en su boca; la barbilla se le juntaba con la nariz; en fin, que sólo viéndolo se podía creer que hubiera en el mundo un viejecito tan viejecito como el viejecito que estaban viendo.

Le saludaron cariñosamente, le hicieron mil preguntas y á todo contestaba el ancianito, no con aspereza, pero sí con algo de autoridad y de mal

genio. Por fin se atrevieron á decirle que su hijo estaba llorando á lágrima viva en la entrada de la cueva, que tuviera compasión de él, ya que era tan viejecito, y que lo llamara, que tendría frío.

—Que pene, que pene y que no sea malo.

—Pero, hombre de Dios, ¡qué malo ha de ser á su edad, si ya habrá cumplido noventa años!

—Ya hace años que los cumplió, ya; pero es muy malo.

—Pero si dice que llora porque usted le ha pegao.

—El loco por la pena es cuerdo; que no sea tan malo.

—Pero ¿se puede saber lo que ha hecho?

—Si es muy malo, señores, si es muy malo. ¡Y esos vicios se los he de quitar vo á garrotazos!

—Pero ¿es posible? ¿tan malo es? pues ¿qué ha hecho, diga usted? ¿qué ha hecho?

—¡Perderle el respeto á su abuelo!!!...

Z.



BIBLIOGRAFÍA

Los procedimientos químicos y el procedimiento óptico en los análisis de tártaros naturales. Discurso presentado para optar al grado de doctor en Ciencias, por el licenciado D. Juan Ignacio Bosqued y Guitarte, Zaragoza, 1900.

Estoy en deuda con el doctor Bosqued y Guitarte, por haberme dedicado hace días un ejemplar de la Memoria cuyo título encabeza estas líneas, y quiero aprovechar el espacio que me concede la REVISTA DE ARAGÓN para agradecer aquella deferencia recordando públicamente el tema que desarrolla el autor en su estimable trabajo.

Constituye la explotación de los tártaros, una industria derivada, que en nuestras comarcas vinícolas, origina transacciones mercantiles de verdadera importancia, por la gran cantidad de primera materia que producen, y siendo ésta tanto más apreciada, cuanto mayor es su riqueza, se comprende que interese á vendedores y compradores conocer de ciencia cierta el valor del producto en que comercian, y que á este fin se encaminen prácticas rutinarias y métodos rigurosamente científicos.

El discurso del Sr. Bosqued, después de referir la historia del tártaro crudo, y las investigaciones que revelaron su naturaleza y formación, estudia y comenta con atinado juicio, los procedimientos químicos que en la actualidad se siguen para valorarlo, y reconociendo la bondad de algunos aspira á resultados rápidos y seguros, al tratar de la acción que sobre la luz polarizada ejercen el ácido tartárico y sus compuestos, y propone nuevo medio de lograr lo apetecido, fundamentando sus razonamientos en las teorías que explican las propiedades ópticas de las moléculas racémicas, según la concepción del carbono asimétrico, y en los hechos que argumentan sus afirmaciones.

Y aunque es cierto que los clásicos estudios de Pasteur sobre las isomerías del tartárico logran ya como otros muchos interpretación racional por las hipótesis de Van'T Hoff y Le Bel, invitando á utilizar el polarímetro en esta clase de ensayos, cuando se trabaja con sustancias de composición definida ó de relativa pureza, á la vez que la clara interpretación de los fenómenos se han comprobado las causas que los modifican ó alteran, demostrándose prácticamente, que las más vulgares mucedineas, el *Penicillium* y el *Aspergillus* que con facilidad germinan y se desarrollan en los medios más variados, son capaces por función fisiológica de convertir en levogiro ó destrogiro lo que se manifestaba inactivo. Y como parecidos efectos motivan en las soluciones sustancias que pueden disolverse á la vez por encontrarse más de una en los tártaros, se sospechó que al aplicar este proceder analítico resultaría falaz en sus consecuencias.

Asvera el doctor Bosqued, que el método por él propuesto es rápido y exacto si se opera según indica al final del discurso á que me refiero y apoya esta afirmación en experiencias propias y concluyentes.

Reciba el ilustrado profesor mi enhorabuena por haber sabido alcanzar en las calladas luchas del laboratorio el éxito propagador de la laboriosidad y el talento.—H. G.

ALEXANDRE HERCULANO, ANTONIO CAETANO PEREIRA E A BATALHA DE OURIQUE.—Estudo crítico por *David Lopes*.—Lisboa. Imprensa nacional, 1900.

Juzgamos importante y curioso el folleto que con este título acaba de publicar el distinguido arabista portugués D. David Lopes, por dos motivos: por el estudio que en él se hace de los textos referentes á la famosa batalla de Ourique, con motivo de la polémica sostenida contra Alejandro Herculano por A. C. Pereira; y por las noticias que nos da de este singular arabista lusitano.

Lo primero debe ser de mucho interés para sus compatriotas, porque voto de tal calidad y competencia, cual es el del autor del folleto, ha de contribuir á que se disipen en el ánimo de las personas ajenas á los estudios arábigos, todas las dudas que pudieran haber nacido respecto á la veracidad y sana crítica del eminentísimo historiador Alejandro Herculano, en la cuestión tan debatida como la de la batalla de Ourique. Ya es hora de que se borren de los libritos de las escuelas, las cien mentiras con que tradicionalmente se ha engalanado la narración de una escaramuza insignificante, tenida como la piedra angular y milagroso cimiento de la patria portuguesa. Las virtudes de ese pueblo no van á perder un ápice de su valor, porque se las explique por sus verdaderas causas.

Las noticias que acerca del singular arabista A. C. Pereira contiene el opúsculo de David Lopes nos han hecho muchísima gracia. Resulta aquél un tipo digno de estudio y propósito para una novela: es un pedante que á duras penas y con gran fatiga se inicia en los elementos de la lengua árabe y, sin embargo, se desvive por ostentar la honda sabiduría que posee ante un público casi por completo ignaro; aprovecha la ocasión para lucirse, contendiendo con un distinguidísimo historiador al que la sinceridad obliga á herir alguna de las fibras más delicadas del sentimiento popular; se hace el apóstol de las tradiciones patrias arremetiendo contra éste; en vano le dicen que su opinión pugna con lo que arabistas doctos sostienen, y le citan, por ejemplo, á nuestro insigne D. Pascual de Gayangos, él contesta llamándole hombre de mala fe, mentiroso é ignorantísimo; se le dice que Kazimirski, Caussin de Perceval y otros orientalistas europeos le contradicen, y él contesta que esos señores no saben una palabra de árabe; nada le hace cambiar, sigue porfiando, jamás se entrega: todo manuscrito cuyos textos no armonicen con su sentir, es apócrifo y falso; y por todo testimonio en favor suyo, sólo puede citar un texto mal interpretado sin relación ninguna con el acontecimiento de que se trata, pues se refiere á la batalla vulgarmente llamada del Guadalete, perdida por el rey D. Rodrigo, á quien el desdichado arabista confunde con D. Enrique, traduciendo tan mal, que D. Rodrigo resulta, según su versión, ganancioso.

A este infeliz arabista se le vino á encomendar la regencia de la cátedra de lengua árabe del Liceo de Lisboa durante algunos años; y cuando se trató de conferir la cátedra en propiedad, desechado porque no pudo lograr que se le nombrara, hizo todas las necedades que supo para impedir que en aquella clase pudiera estudiarse.

El gobierno portugués, entonces, vióse obligado á suprimir la cátedra.

Así acabaron en Portugal, año 1869, los estudios oficiales de lengua árabe, instituidos para que enseñara el insigne Juan de Soussa en el convento de Jesús, á fines del pasado siglo.

¿No ha llegado ya el momento oportuno para restablecerlos, por decoro nacional, habiendo portugueses dignos, cual David Lopes, capaces de continuar las honrosas tradiciones de los Mouras y de los Soussas?

JULIÁN RIBERA.

NOTICIAS

Sociedad eléctrica.—Ante el notario de Ateca D. Miguel Galindo se ha otorgado la escritura de constitución de una sociedad anónima titulada la «Electro industrial del Mesa»: el capital social es de 250.000 pesetas dividido en 500 acciones de 500 pesetas: el objeto es explotar el salto de agua que existe en el azud de San Juan en la villa de Ibdes y su río Mesa, dedicándolo a producir energía eléctrica.

La nueva empresa se propone suministrar alumbrado eléctrico á los siguientes pueblos: Ibdes, Alhama, Bubierca, Cetina, Munébrega, Castejón, Carenas, La Vilueña, Monterde, Campillo, Jaraba, Godejos y el Monasterio de Piedra.

Forman el Consejo de Administración D. Alberto de Cuadra, de Madrid, don Adolfo Navarro, D. Dionisio Guajardo y D. Generoso Pérez Cantarero, de Alhama, D. Juan Muñoz, de Nuévalos, y D. Enrique Urquía y D. Antonio Pérez, de Ibdes.

El capital social ha quedado cubierto con exceso y las obras de la nueva fábrica comenzarán en los primeros días del mes de Enero próximo.

Velada teatral aragonesa.—El día 4 del presente mes de Diciembre, tuvo lugar en el Teatro Circo una función organizada, con este título, por la compañía dramática que dirige el actor D. José Gonzalez.

Se pusieron en escena *La Capilla de Lanuza* de Marcos Zapata, y *Dulces memorias* de Eusebio Blasco: á continuación se estrenó el juguete cómico *A morir los caballeros*, original de nuestro amigo y colaborador Sr. Casañal Shakery: la obra fué recibida por el público con aplauso y el autor llamado á escena: se leyeron poesías de autores aragoneses y puso fin al espectáculo la jota cantada por Juanito Pardo, el discípulo predilecto del conocido jotista Sr. Lapuente.

Para festejar el triunfo del Sr. Casañal, los periodistas zaragozanos le obsequiaron con una comida *baturra*: nuestra enhorabuena al fecundo escritor.

La sección fotográfica del Ateneo.—Varios aficionados á la fotografía se han reunido en el Ateneo y han constituido una sección fotográfica presidida por el Sr. Dosset: se propone realizar excursiones y formar un álbum fotográfico de Aragón, donde se vayan reuniendo fotografías de tipos y escenas de nuestra vida y costumbres regionales y de los restos arqueológicos de más importancia que subsistan. Desde la REVISTA DE ARAGÓN el Dr. Cliché inició esta idea que al parecer va á llevarse á la práctica: reciban por ello nuestra enhorabuena los socios del Ateneo y cuenten con nuestro apoyo.

Hemos recibido con un atento B. L. M. del alcalde accidental Sr. Figueras, un ejemplar del folleto titulado «Importancia estratégica actual de Aragón y en particular de Zaragoza» por D. Francisco Larrea Liso, teniente coronel de E. M.

Dicha obra fué premiada en los Juegos Florales y Certamen Literario que se celebró en Zaragoza el año 1894: entonces el Jurado y la prensa la juzgó favorablemente y hoy la reparte el Municipio por creer que en ella están los principales argumentos que pueden aducirse en pro de la continuación de nuestra capitania general, amenazada de ser suprimida en las recientes reformas militares propuestas á las Cortes por el Sr. Ministro de la Guerra.

Agradecemos su atención al Sr. Figueras.

El distinguido escritor aragonés, D. Severino Aznar, que nos hizo la honra de llevar la representación de la REVISTA en el Congreso Hispano-Americano, ha tenido á bien obsequiarnos con el artículo que se publica en este número, dando franca, ordenada y resumida cuenta de lo que allí se propuso y resolvió.

Del mérito de su trabajo pueden juzgar los lectores; á nosotros sólo toca manifestarle cariñosamente nuestra gratitud.

Ha comenzado á publicarse en París bajo la dirección de Mr. Henri Berr la «Revue de Synthèse Historique». Dicha Revista se propone, como su título indica, dar noticia de los trabajos de los especialistas, reunidos en artículos en que se puedan abarcar la extensión del trabajo realizado y lo que falta realizar: de la materia referente á España se encargan Mr. Desdevises du Dezert, en lo concerniente á la Edad Media y Mr. Leonardón de la Epoca Moderna: Mr. Desdevises du Dezert ha visitado los archivos de Zaragoza y es autor, entre otras obras, de una notabilísima acerca del Príncipe de Viana. De la Historia económica de España se ocupan Mr. Boissonade, de la literaria Mr. Morel Fatio conocido hispanófilo y literato insigne, y del arte español Mr. Bertaux.

Publicará además notas bibliográficas y dará noticia de las discusiones y cuestiones científicas de más interés.

Aseguramos á la nueva Revista larga y próspera vida, pues aparte de la notoriedad científica de sus redactores, viene á satisfacer una necesidad sentida, cual es la de informar sintéticamente á los investigadores acerca de los progresos científicos.



Nuestros lectores habrán leído en los periódicos de la prensa aragonesa la triste noticia del fallecimiento del laboriosísimo escritor, catedrático de esta Universidad, D. Cosme Blasco y Val. El ser persona conocidísima en Aragón, por la multitud de obras que ha escrito y publicado (unas apreciadas por los doctos, otras saboreadas por el pueblo), nos dispensa de la tarea de realzar sus méritos. La Redacción de la REVISTA, sin embargo, debe manifestar que se asocia al dolor general que la muerte de dicho catedrático ha producido. Dios tenga en su santa gloria a varón tan excelente.

ÍNDICE



ÍNDICE

DE LOS TRABAJOS CONTENIDOS EN ESTE PRIMER TOMO DE LA REVISTA (AÑO 1900)

ARREGLADO POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES

Aguado Arnal (D. Francisco).

El padre de huérfanos.—A manera de prólogo, pág. 54.—Incógnita, pág. 88.—Para que se creó, pág. 446.—Los criados. Los mendigos. Los vagos, pág. 476.

Asín (D. Miguel).

El filósofo zaragozano Arempace. I, pág. 493.—II, pág. 234.—II (continuación), pág. 278.—III pág. 300.—III, pág. 338.

Aznar Navarro (D. Francisco).

Naufrajos, pág. 409.

Aznar (D. Severino.)

Crónica del Congreso Hispano-americano, pág. 365.

Banqué (D. José).

Bibliografía, pág. 252.

Baselga y Ramírez (D. Mariano).

La tronada, pág. 7.

Borobio (D. Patricio).

La higiene infantil en el siglo XIX, pág. 86.

Dr. Brayer.

En mi clínica, págs. 90 y 153.—*De visita de la exposición,* pág. 303.—*¿Patriotismo?* pág. 348.

Calamita (D. Gonzalo).

Aprovechamiento de las melazas, pág. 141.

Dr. Campiel.

Plantación de árboles frutales, pág. 498.

Campo (Juan del)

¿Con qué asociarse para trillar? pág. 444.

Casañal Minkery (D. Alberto).

Cuento baturro, pág. 17.—*Cantares y bofetadas,* pág. 293.—*Preguntas y respuestas,* pág. 330.

Cerrada (D. Félix).

La tuberculosis en Zaragoza, pág. 205 y 357.

Dr. Cliché.

Un poco de fotografía, pág. 482.

Codera (D. Francisco).

Mohámed Atavil, rey moro de Huesca, pág. 81.—Horror á comprar libros, pág. 449.—Oposiciones á cátedras. Votaciones, pág. 473.—Rectificaciones á la historia árabe pirenáica con motivo de la obra *Origen del reino de Navarra y del condado de Aragón*, por Mr. Jaurgain, págs. 211, 228, 260 y 325.

Doporto (D.) Severiano.

Cancionero popular turalense, pág. 315.

Galán (D. Gabriel).

El eclipse de sol de 28 de Mayo de 1900, pág. 445.—A un sabio. La astronomía, pág. 181.

García Arista (D. Gregorio).

Cantares baturros, pág. 440.—Bibliografía, pág. 249.

Gaspar Remiro (D. Mariano).

La puerta del puente, pág. 312.

Giménez Soler (D. Andrés).

Lunas y Urreas, págs. 272, 304 y 335.

Gimeno (D. Hilarión).

Un autógrafo de Aso, pág. 370.—Bibliografía, pág. 377.

Dr. Graßliks.

¿Que quedará de todas las filosofías? pág. 43.

Filosofía para todos.

El ciego y la educación de la inteligencia, pág. 50.—El pensamiento y la palabra, pág. 411.—El morimiento de los pies y la educación de la cabeza, pág. 117.—Conviene educar la atención espontánea, pág. 470.—Condiciones para educar la atención espontánea, pág. 265.—La duda, pág. 292.—La enfermedad del cuerpo y los vicios de la inteligencia, pág. 332.—Prejuicios, pág. 361.

Ibarra y Rodríguez (D. Eduardo).

Labor política de las Cámaras de Comercio, pág. 33 y 74.—Bibliografía, pág. 92.—¿Por qué vive el cacique? pág. 418.—Bibliografía, pág. 421.—¿Hay motivo para resistirse al pago? pág. 433.—Examen de Revistas, pág. 486.—Un fuero desconocido de D. Alfonso el Batallador, pág. 219.—Bibliografía y examen de Revistas, págs. 221 y 222.—El rey y la nobleza de Aragón en los tiempos primitivos, págs. 239 y 267.—La sección de estudios históricos en Zaragoza, pág. 297.—Un nuevo novelista aragonés, pág. 372.

Juegos forales (Comisión organizadora de los)

Cartel de 1900, pág. 161.—Cartel de 1901, pág. 342.

Laguera (D. Antonio de)

Del aumento del capital social en las compañías anónimas, pág. 49.

Un maestro de escuela.

¿La regeneración vendrá por medio de la enseñanza? pág. 22.—Los padres deben dirigir la educación é instrucción de sus hijos, pág. 56.

Moneva y Puyol (D. Juan).

Los códigos forales, págs. 37, 105, 137 y 167.—Don Luis Royo y Villanova, pág. 67.—Papeles viejos, pág. 243.—España y la América española, pág. 237 y 353.—Don Mariano Royo, pág. 289.—Cooperación Universitaria, pág. 321.

P.

Nueva industria en Aragón, pág. 202.

Pano (D. Mariano de)

Una boda aristocrática en el siglo XIII, pág. 282.

Ribera (D. Julián).

Extensión universitaria, pág. 69.—Bibliografía, pág. 93 y 378.—Se ha acabado la empleomanía, página 129.—El movimiento intelectual en Zaragoza, págs. 245 y 246.

Rios (J. de)*La clínica del Dr. Brayer*, pág. 41.**Rodríguez (D. Angel)***Noche de Enero*, pág. 247.**Roqués González (D. Jorge)***El clavel* (cuento) pág. 295.**Salarrullana (Dr. P. Eugenio).***El laboratorio psico-fisiológico calasancio*, pág. 97.**Sánchez (D. Mariano).***Bibliografía*, pág. 230.**Sánchez Pérez (D. José A.)***A rey muerto...* pág. 368.**Sesé (D. Mariano).***El Instituto de fermentaciones de Zaragoza*, pág. 45.**Vignau (D. Vicente).***D. Toribio del Campillo y Casamor*, pág. 65.**X.***Presente y porvenir de la industria azucarera*, pág. 3.**Z.**

Cuentos infantiles.—Advertencia preliminar, pág. 47.—I. *El de aque bien vendrá esto pa con aquellas*, pág. 48.—II. *El del cura que no se comió las perdices, siendo para él*, pág. 77.—III. *El del cura que se comió las perdices, sin ser para él*, pág. 402.—IV. *El de los lobos*, pág. 451.—V. *El del tío Basilio*, pág. 466.—VI. *El de las puches*, pág. 232.—VII. *El de las jarobas*, página 285.—VIII. *El del que quería castigar el cuerpo*, pág. 303.—IX. *El del fanfarroncico*, página 314.—*El de los viejecitos de la cueva*, pag. 375.

...
El camino de Utrillas, pág. 74.

Los demás trabajos, son á saber, notas acerca del movimiento intelectual é intereses materiales, bolsín, etc., son los comunes de la Redacción.



LA Revista de Aragón

TRATARÁ DE LAS MATERIAS SIGUIENTES

- 1.º Lo que se piense, se diga ó se haga de importante en Aragón.
- 2.º Lo que se diga, acerca de Aragón, en otras tierras.
- 3.º Lo que ocurra y se diga en otras partes y pueda, por su importancia, interesar á los aragoneses.

Tratará de historia, literatura, ciencias físicas y naturales, medicina, filosofía, industria, comercio, agricultura, política, etc., etc., tendiendo á dar información serena, meditada é imparcial.

Los autores ó editores que deseen dar á conocer por medio de nuestra Revista las obras que publiquen ó editen, rogamosles que nos manden dos ejemplares de las mismas.

J. Cano DENTISTA

Cerdán, núm. 2, pral. deha.
(PRÓXIMO Á LA AUDIENCIA)

Zaragoza

Especialista en la extracción de dientes y muelas sin dolor y colocación de piezas artificiales por todos los sistemas y

EMPASTES

ORIFICACIONES

DR. J. GUALLART

OCULISTA

D. Alfonso I, 7, entresuelo

ZARAGOZA

Mil pesetas

al que presente *Cápsulas de sándalo* mejores que las del *Dr. Pizá*, de Barcelona, y que curen más pronto y radicalmente todas las enfermedades urinarias. — Plaza del Pino, 6, farmacia, Barcelona.

FONÓGRAFOS Y CINEMATÓGRAFOS

DE TODAS CLASES

CILINDROS IMPRESIONADOS Y SIN IMPRESIONAR

Graduación científica de la vista

PATRICIO D. SARASA

SUCESOR DE

LACAZE ÓPTICO

COSO, 70, ZARAGOZA

GRAN ZAPATERÍA PARÍS

Coso, 32

y pasaje á la de Palomeque núm. 19

ELEGANCIA

ECONOMÍA

ZARAGOZA

Academia prepara

PARA MATRONAS

bajo la dirección de la distinguida Profesora

Adriana Laita

Azoque, 82, 2.º — Zaragoza.

SE RECOMIENDA

á todo el que necesite una cama ó jergón, no compre sin visitar antes la Gran Fábrica de camas de D. Miguel Irisarri, donde encontrará una economía de un 2, 4 ó 6 por 100 según el importe de la compra.

Subida de Cuéllar, Zaragoza